

notas

La oración litúrgica como reali- zación de la persona

La historia de cualquier nube está escrita siempre en diálogo entre el agua, el sol y el aire. Aquélla pone la substancia y más íntimo ser, pero es evidente que la existencia misma de la nube resultaría amenazada si en ese coloquio enmudecieran cualquiera de los otros dos elementos. El hombre también, con su pequeña o grande historia, es el resultado de un coloquio cuyo protagonista es sin duda él mismo, pero que necesita imperiosamente de otros personajes para poder tener existencia.

El hombre dialoga por un lado con las cosas. Un diálogo práctico en la más genuina acepción del adjetivo, porque es un hacer su vida con las cosas: comer los alimentos, escribir con la tinta, dormir en la casa... Un diálogo existencial porque en ese quehacer —el “hacer” se presenta con una exigencia cuyo desaire desemboca en el suicidio—, en ese trajinar con las cosas se realiza la existencia humana.

Pero la existencia humana no se agota en su quehacer con las cosas. Ni siquiera recibe de tal menester su más pleno sentido, porque el hombre no llega a desarrollar sus posibilidades mejores si no es en comunión con los otros seres humanos. El hombre aprende a pensar y amar porque otros le enseñan. Y el amor, culminación de la existencia, llega a ser realidad plena solamente si la persona encuentra a su alcance un semejante a quien donarse.

Es claro que si el hombre “existe”, es decir, llega a ser hombre plenamente en diálogo con el mundo material y con la sociedad, es porque la posibilidad y la realidad de ese diálogo

F. Prieto

pertenecen a la misma entraña de la persona humana o, dicho con otras palabras, porque el quehacer con las cosas y el quehacer con las personas son dos estructuras de la persona humana, como la maternidad es una estructura de esa persona especial que se llama mujer. (Estas estructuras han sido analizadas por Heidegger en "El ser y el tiempo" (Sein und Zeit) y por él denominadas "cuidado" (Besorgen) y "solicitud" (Fürsorge) respectivamente).

Hablemos con ejemplos. Un sabio puede estudiar el proceso de una reacción química. Esa pregunta a la materia para acrecentar el saber es un ejemplo de un quehacer con las cosas, es una realización de la estructura "cuidado". El sabio enriquece así su existencia.

Con todo, ese estudio puede ganar aún en valor existencial si recibe una ulterior significación al incluirlo en la esfera de la "solicitud" por una referencia a las demás personas. El estudio del sabio es más valioso si pasa de la mera curiosidad a ser un servicio a los demás, como sería la búsqueda de una medicina. Entendemos ese aumento de valor no sólo en cuanto que la actividad del sabio tiene una mejor aplicación para los demás; ahora nos fijamos en su valor existencial, es decir, para la existencia misma del



sabio: una misma actividad exterior puede realizar a la persona en dos niveles diferentes. El biberón que una "nurse" administra al pequeñuelo conforme a las mejores reglas de la pediatría tiene menos categoría existencial que el preparado y administrado, con menos técnica pero con más amor, por la madre.

La "religión" como estructura

Recuerdo que asistía a una función de circo. El artista se columpiaba en el

trapeció y se preparaba para hacer su demostración máxima. El público en absoluto silencio, impresionado por la cercanía del peligro, esperaba la habilidad del gimnasta. El repiqueteo del tambor aumentaba la solemnidad del momento. De repente, ¡un, dos, tres!: el artista salta en el aire, gira dos veces y se agarra a un trapezio vecino. Yo rompí a aplaudir, pero al segundo me dí cuenta que mi palmoteo era extemporáneo, solitario. Gran parte del público me miraba. Fue sólo un segundo, naturalmente. Callé como los demás mientras un compañero me informaba: “No le ha salido bien; tenía que haber dado tres vueltas”. ¡Faltaba, pues, un tercer giro a la pirueta para que fuera perfecta y a mí, por ignorancia, me había parecido que ya no se podía pedir más! ¿Además del quehacer con las cosas y del quehacer con las personas tiene la existencia humana capacidad para mayor habilidad?

Una ulterior reflexión que descubre a la Persona Absoluta —Dios— pone de manifiesto que existe en nosotros una nueva posibilidad existencial puesto que hay un nuevo interlocutor —de una categoría totalmente aparte— con el que dialogar. Esta tercera dimensión del crecimiento de la persona humana supone una tercera estructura a la que vamos a llamar “religión”. La “religión” como estructura del sujeto humano es una nueva dimensión de su dinamismo que permite al hombre sus relaciones directas y conscientes con Dios. Añadimos estos postreros epítetos para indicar que se trata de una realización reflexiva y querida, contrapuesta a todo el conjunto de nuestra

relación con Dios como fundamento metafísico del ser —el nuestro y el ajeno—, la cual relación se da en cualquier criatura porque constituye su última realidad. Esta relación llena cada instante de nuestra existencia y es causa de la misma, pero es por sí misma inconsciente en cuanto que no necesita ser pensada para ser real. De hecho vivimos porque estamos *ligados* con Dios, como los vagones del tren hacen su camino porque se hallan conectados con la locomotora. Cuando tomamos conciencia de nuestra íntima dependencia de Dios, entonces, si queremos, podemos *religarnos*, entonces la “religión” se encuentra a punto para entrar en juego y poner en existencia las posibilidades más ricas de nuestro dinamismo.

Los actos en los que la “religión” se cumple —con los que libremente nos *religamos*— vamos a cobijarlos bajo el concepto amplio de “oración”. La “oración”, según la entendemos aquí, es cualquier acto religioso; es la relación personal, amorosa —por tanto, es diálogo, es presencia—, con la Persona Absoluta. He aquí un concepto amplio de “oración” en el cual se incluye cualquier acto desde el momento en que vaya dirigido a Dios: el barrer o el estudiar puede ser “oración” si los referimos a Dios por el mero hecho de vivirlos en su presencia. Como todos nuestros actos llevan la impronta de nuestra radical dependencia de Dios, no hay acto humano que no pueda ser sacralizado convirtiéndose en “oración”. Basta para ello que esa radical dependencia suba hasta el nivel de nuestra conciencia y sea acogida amorosamente, gozosamente por nuestro corazón.

La "oración" es nuestra vocación suprema

Supuesto el substrato teístico de nuestra existencia, cae por su propio peso que sólo en la "oración" encuentra el hombre el cumplimiento más valioso de su persona. Como en la historia del olvidado Stradivarius, patrimonio de un pobre juglar ciego, que sólo fue reconocido cuando la suerte le puso en contacto con las manos virtuosas de Sarasate, la persona humana no produce sus mejores armonías si no es en el contacto reflexivo, responsable, querido, con las manos amorosas de Dios que se produce en la "oración".

Esta conclusión es legítima, pero nos resulta despegada porque llega desde fuera, como un forastero que quisiera introducirse en nuestra familia alegando unos documentos, correctos todos, que muestran su pertenencia a nuestro Iar. ¿Puede encenderse el amor con un silogismo o con un documento? El recién llegado permanecería siempre intruso a menos que nosotros, recordando nuestra propia historia, descubriéramos el momento en que aquel familiar desconocido halla su primitiva inserción. Entonces exclamaríamos —y la exclamación indica siempre que su objeto ha cimbreado nuestra afectividad: "¡Vaya, si es fulano!". ¿No podríamos igualmente, analizando las posibilidades de nuestra existencia, encontrar el parentesco entrañable que la "religión" y la "oración" tienen con nuestro ser? ¿No podríamos descubrir en nosotros mismos que la "oración" es la actividad humana por excelencia?

Ya el mismo hecho de preguntarnos plantea otra pregunta previa: si

la "oración" es nuestra vocación suprema y la "religión" es nuestra estructura más valiosa, ¿cómo es posible que seamos a nosotros mismos tan opacos y nos cueste tanto trabajo dar con los resortes mejores de nuestro dinamismo? La pregunta naturalmente sólo tiene lugar en el estadio terreno de nuestra existencia: la pregunta es sólo pregunta para el "homo viator", el hombre en camino hacia un más allá que sólo posee en esperanza. El "homo comprehensor" —para usar dos viejos términos de mi devoción por su profundo contenido existencial— o el hombre ya en la plenitud de cielo es una existencia, en este aspecto, sin problema: es una existencia transparente. El "homo comprehensor" vive plenamente en la intimidad con Dios y en esta "oración" celeste encuentra su perfecta realización. Mientras llega ese momento, el existente terreno tropieza con la áspera realidad que la vida sobrenatural, aunque poseída ya por el alma en gracia, es por sí misma inconsciente. Entonces el "homo viator" se pregunta con todo derecho cómo una actividad en la que el diálogo no puede adquirir normalmente calor humano porque el Tú Absoluto se mantiene en aparente silencio puede ser el acontecimiento y vocación cumbre de su quehacer temporal.

La "oración" más allá de la metafísica

Como el legionario del cantar oculto por lo común en su aparente valentía y estrépito un fracaso y una huída, la gran mayoría de los humanos realizan su existencia según un estilo que es consecuencia de una huída. Heidegger nos habla de la fuga existencial:

es una huida de la realización humana auténtica, que es una realización difícil. Tras un análisis escrupuloso de la existencia de la persona Heidegger ha demostrado que la auténtica vocación humana es preguntarse por el sentido del Ser, es decir, una tarea metafísica. Ahora bien, el hecho de que el hombre huya ordinariamente ante una existencia fiel a su posibilidad metafísica nos está indicando que la actitud metafísica es fundamentalmente heroica. Al hombre se le presenta la metafísica como una posibilidad extravagante, aburrida. ¿Qué interés puede encontrar el modesto oficinista, el ama de casa, el hombre de negocios... en hacer metafísica? En las narraciones de viajes al Polo Norte, exploradores y misioneros nos cuentan que los esquimales comen pescado crudo. Nosotros no sentimos ninguna envidia, antes más bien compasión de esta pobre gente boreal. Así el hombre medio no siente ninguna necesidad ni apetito por hincarle el diente a la metafísica y comparece a las personas que en un afán de superación desean conocer el sabor esencial de las cosas, gustarlas en sí mismas sin adobes. Entonces el existente "standard" no quiere saber del Ser, renuncia espontáneamente a la escalada metafísica y decide encontrar un cobijo más prometedor, más confortable, en la llanura de la existencia vulgar, entre los pequeños seres concretos —los entes— sin preguntarles, por supuesto, por sus íntimas razones, porque sería volver a encontrarse con el Ser. Esa existencia, que se realiza en un diálogo superficial con los entes, ha caído lamentablemente desde una tesitura heroica.

Admitamos con Heidegger que la más plena aventura humana es una fatigosa ascensión (no es pura especulación intelectual, compromete a toda la persona). Pero, ¿son tan pocos los fieles a su vocación, que nos vemos tentados a pensar que pertenecen a otra raza diferente! Los miramos como a colosos —pongamos por ejemplo a Platón o a Ghandi, hombres de corazón limpio— y moviendo la cabeza desengañados decimos: "Eso no es para nosotros".

Pero he aquí que alguien viene en nuestra ayuda. El cristiano ya tiene una respuesta segura sobre el sentido del Ser. No ha descubierto él al Ser. Ha sido el mismo Ser el que se ha revelado dándose a conocer como Persona (1). Cuando llegó el momento escogido —la plenitud de los tiempos en frase bíblica— el Ser se acercó tanto a los hombres en su afán de darse a conocer que se hizo como uno de ellos: Cristo es la palabra definitiva de Dios sobre sí mismo: el que conoce a Jesús, ya sabe cómo es el Padre (Juan 14,9). Desde entonces la metafísica en cuanto pregunta, en cuanto investigación y conducta ascética para elevarse por encima del mundo banal que nos rodea, no agota ni mucho menos el sentido de la vocación humana: podemos y debemos ir más allá de la metafísica.

(1) Identifico el Ser con Dios, entendiendo el Ser en el sentido en que hablamos con frecuencia del Ser supremo. Dios es el ser y las criaturas son los seres. Esta identificación está dentro de la filosofía tomista. Evidentemente al hacer esta igualdad he pasado a emplear la palabra Ser en un sentido más concreto del que utiliza Heidegger, creyendo que este paso es perfectamente lícito y una positiva ganancia.

Pero además esta prolongación del viaje nos aporta paradójicamente una mayor facilidad del mismo.

La metafísica es una actitud de centinela, pero al descubrirse el misterio del Ser y presentarse como Persona, y más aún como Padre, la metafísica ha quedado desbordada por que la persona —mucho más un padre— antes de ser un objeto de nuestro conocimiento o en tema para nuestra meditación, es una posibilidad de convivencia. A la persona no se la escudriña, sino se la respeta y se la ama. Urge, pues, entregarse a la convivencia con la Persona Absoluta. A esa convivencia ya le hemos puesto nombre: la “oración”. Esta es, pues, un quehacer más excelente que el metafísico, puesto que es un vivir con el Ser y no sólo preguntarse por el sentido del Ser. Necesitamos también la pregunta, porque la reflexión sobre la persona amada es fundamento del amor y de la convivencia. Por eso cuando llega el momento de emprender la aventura de la convivencia más íntima que se da entre personas aquí en la tierra y se llama matrimonio, las partes interesadas intentan conocerse en el noviazgo. Pero interesa notar que allende la pregunta se encuentra el amor y, mientras esa chispa afectiva no salte, el diálogo con la otra persona no adquiere categoría de primer plano existencial.

Recuerdo a este propósito el coloquio de Pilato con Jesús. El romano interroga; el romano se interesa por Jesús como un problema que pone a prueba la elasticidad de su jurisprudencia y de su política; pero, en definitiva, no saltó la chispa de una autén-

tica comprensión —sería aleccionante examinar los motivos— y el romano dejó escapar esa oportunidad cumbre de su vida.

La pregunta por la Persona Absoluta, la cual habla de sí misma en las Escrituras, es el trabajo teológico. Por encima de éste, como posibilidad existencial suprema, se sitúa la “oración”.

La “oración” comunitaria

Decíamos al principio que la segunda estructura de la persona es la “solicitud”. Es aquella posibilidad de desarrollar su valencias en la convivencia con los demás. La “solicitud” tiene sus especiales características y es, aunque menos que la “religión”, una posibilidad amenazada por la invasión de aquella otra estructura fundamental del “cuidado”. Por mecanismos de nuestra propia fragilidad, cuya reseña no interesa de momento, tendemos a tratar a las personas como cosas. Ahí está un error mortal para nuestra existencia. En el fondo de todo pecado contra el prójimo —desde la lujuria hasta el robo o la difamación— se esconde como culpable esa trasposición fatal: hicimos cosa a la persona.

He ahí una verdad averiguada desde antiguo cuando Aristóteles definía al hombre como el animal político, es decir, el viviente cuya existencia alcanza su pleno desarrollo sólo en la convivencia. Heidegger nos habla del existente humano como un “ser-con” (Mitsein): la existencia humana es siempre una co-existencia y cada vez que el hombre atenta contra la coexistencia, atenta en primer lugar contra sí mismo. Existencia humana que no

sea coexistencia, es una falsedad objetiva y moral, quiero decir, es una tragedia del mismo ser de la persona, que se degrada al no cumplir con su misión, y es pecado. A Dios no se le puede abordar desde la falsedad. Por eso "si al presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí mismo la ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, luego vuelve y ofrece tu don" (Mateo 5,23). Ante Dios no vale la "oración" egoísta: es un auténtico contrasentido. No que tengamos que pedir siempre por los demás, no que los demás hayan de ser una palabra constante en nuestra boca, pero sí que los demás han de tener abiertas las puertas de nuestro corazón.

No extraña, pues, que la "oración" que no sólo se edifica sobre la coexistencia —me refiero al contacto individual con Dios del hombre que está en paz con sus hermanos—, sino que ella misma es coexistencia, tenga especiales bendiciones de Dios: "donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mateo 18,20). No extraña, pues, que Cristo escogiese un banquete para dejarnos en él su memoria más viva y su presencia más cercana: la eucaristía.

La "oración" comunitaria —que no quiere decir precisamente rezos, aunque se manifieste preferentemente en rezos— es una nueva forma superior de realización de la persona (1). ¿Ter-

(1) ¿Sería necesario ponderar el valor insustituible de la «oración» familiar? El rosario en familia, por ejemplo, tiene un trasfondo existencial que no se manifiesta cuando hablamos de él como «práctica piadosa».

minan aquí los horizontes de la dinámica humana?

La "oración" litúrgica

La coexistencia al darse entre personas limitadas necesita de autoridad y jerarquía: los campos de convivencia tienen que estar fundamentalmente ordenados por un criterio que no se puede dejar al arbitrio de cada cual. Así tenemos que la coexistencia no sólo vive del amor sino también de la obediencia. He aquí, en la obediencia, una nueva faceta no proclamada aún de la dinámica humana: el hombre también se realiza, se engrandece, obedeciendo. ¿Cabe dar entrada en la "oración" comunitaria a esta vertiente ordinariamente menospreciada por malentendido? Desde luego, en cuanto la "oración" de la comunidad sea ordenada por la autoridad competente. Esa "oración" oficialmente estructurada por la autoridad religiosa en la que se cumple plenamente la coexistencia es la "oración" litúrgica. La liturgia se presenta así como un lugar privilegiado para la realización de la persona. La liturgia es la convivencia reflexiva y obediente con la Persona Absoluta. En la liturgia convivimos con Dios poniendo nuestra estructura religiosa —la hemos llamado "religión"— en pleno movimiento, pero al mismo tiempo y en un mismo acto también la "solicitud" toma vida en su forma más plena que es la actividad social, es decir, no sólo amorosa, respetuosa con relación al prójimo, sino además obediente a una jerarquía.

Interesa acercarse a la liturgia como la gran escuela práctica donde

aprender a ser hombres con plenitud. La liturgia nos ejercita en la fe y en la esperanza y en el amor a Dios como cualquier otra "oración"; pero además la liturgia nos ejercita en la coexistencia. La reunión litúrgica hay que vivirla con espíritu de humildad, sintiéndose una parte minúscula del gran acto comunitario, sintiéndose enseñado y ayudado por la comunidad y,

una vez puesto el fundamento de la humildad, la liturgia nos enseña el amor al prójimo, porque nos obliga a olvidar nuestras rencillas —amenaza constante para la coexistencia— y nos recuerda que nuestra presencia en la reunión en tanto tiene sentido en cuanto salgamos de nuestro egoísmo y entreguemos nuestro corazón al vecino.

